

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

---

Nº 43 (2014), páginas 73-82

Carlos M. Madrid Casado

Universidad Complutense de Madrid – ORCID 0000-0003-3604-522X

## Huesos y banderas. De Atapuerca a la independencia de Cataluña

### Resumen:

En este artículo se analiza el libro *El mito de Atapuerca* de Oliver Hochadel (Universidad Autónoma de Barcelona, 2013). El autor del libro se centra en el uso de la investigación del equipo de Atapuerca para reconstruir la identidad nacional española. A su juicio, el éxito de las excavaciones no puede explicarse por la cantidad y la calidad de los descubrimientos. El libro traza la historia reciente de la paleoantropología española desde una perspectiva sociológica sesgada. En el artículo se explora el enfoque tomado de la sociología del conocimiento científico que emplea Hochadel, poniendo de relieve sus premisas gnoseológicas equivocadas, que tienen que ver con el problema de la simetría y de la reflexividad. Lo que prometía ser una crítica filosófica de la paleoantropología y sus compromisos metafísicos se desdibuja hasta convertirse en una crítica sociológica de la paleoantropología española desde coordenadas periféricas.

**Palabras clave:** paleoantropología, Atapuerca, Hochadel, identidad, Cataluña

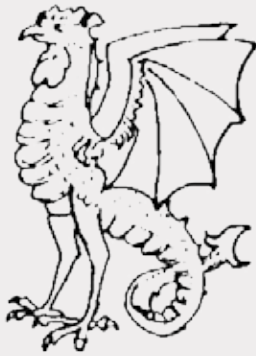
---

### Abstract:

The aim of this paper is to critically review Oliver Hochadel's *El mito de Atapuerca* (Universidad Autónoma de Barcelona, 2013). Hochadel focuses on the use of human origins research for rebuilding Spanish national identity. He defends that the success of the Atapuerca excavations cannot be explained by the quantity and quality of the finds. I argue that the book analyzes the recent history of Spanish palaeoanthropology from a biased sociological perspective. The article criticizes the book's epistemological claims and argues against Hochadel's approach to science, based on the sociology of scientific knowledge and its wrong assumptions on the issues of symmetry and reflexivity. Rather than a peripheral sociological critique to Spanish palaeoanthropology, what is needed is a philosophical study of the ontological commitments of palaeo-anthropology.

**Keywords:** Paleoanthropology, Atapuerca, Hochadel, identity, Catalonia





## EL BASILISCO

**Fundador**  
Gustavo Bueno

**Director**  
Gustavo Bueno Sánchez  
(Universidad de Oviedo)

**Secretaría de Redacción**  
Raúl Angulo Díaz  
(Fundación Gustavo Bueno)

**Consejo de Redacción**  
Jesús G. Maestro  
(Universidad de Vigo)  
José Arturo Herrera Melo  
(Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver  
(Universidad de Murcia)  
Elena Ronzón  
(Universidad de Oviedo)  
Pedro Santana  
(Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción

Revista evaluada por pares

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral.

Fundación Gustavo Bueno  
Avenida de Galicia, 31  
33005 Oviedo (España)

<http://www.fgbueno.es/basilisco@fgbueno.es>

© Fundación Gustavo Bueno  
ISSN: 0210-0088

Diseño: Piérides C&S  
Composición: PERMESO S.L.  
Imprime: Hifer Artes Gráficas  
Depósito Legal: O-343-78

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Número 43  
julio-diciembre 2014

## INDICE

### Artículos

**Marcelino J. Suárez Ardura**

*¿Qué es la Geografía?*  
*Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía* / 3

**Julen Robledo**

*La ontología de Slavoj Žižek y su implantación política desde la perspectiva crítica del sistema del materialismo filosófico* / 51

**Carlos M. Madrid Casado**

*Huesos y banderas. De Atapuerca a la independencia de Cataluña* / 73

### NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

*El Basilisco, revista de materialismo filosófico*, considera para su publicación todos aquellos trabajos, relacionados con su temática y secciones, que le sean remitidos con este fin: artículos, notas, crítica de libros, noticias, &c.

1. Los trabajos se enviarán en versión electrónica de texto, junto con una carta del autor en la que ofrezca su original para ser publicado en EL BASILISCO, y confirme que el trabajo es inédito y no se encuentra sometido simultáneamente a examen por otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias puedan parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes). Todos los envíos deben hacerse, por correo electrónico o postal a la dirección abajo indicada. Se acusa recibo de oficio de todos los originales que son enviados a la revista.

2. Los trabajos deben estar escritos en español y ser inéditos. No se aceptan trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o se encuentren en curso de publicación. Cada original debe incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del texto); el nombre del autor, en su caso la institución a la que pertenece o en la que desarrolla actividades docentes o investigadoras, un resumen informativo del texto en español y en inglés (que no exceda las 150 palabras cada uno), un conjunto de palabras clave o keywords en español y en inglés (entre cuatro y siete), el texto principal, las notas y la bibliografía (si procede). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto. Dado que los originales son evaluados anónimamente, se aconseja que los autores no se identifiquen en el propio texto.

3. Rogamos a los autores atiendan estas sugerencias tipográficas: [fgbueno.es/edi/basnor2.htm](http://fgbueno.es/edi/basnor2.htm)

4. Los originales se someten a un sistema anónimo de evaluación por pares de especialistas externos (*peer to peer review*). Posteriormente se decide si procede o no su publicación, notificándose a los autores en el menor plazo posible. La aceptación final estará condicionada a la revisión e incorporación de las correcciones contenidas en los informes de evaluación.

### Correspondencia

EL BASILISCO, Apartado 360  
33080 Oviedo (España)

Teléfono: [34] 985 245 857

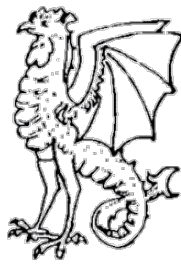
Fax: [34] 985 245 649

Correo electrónico: [basilisco@fgbueno.es](mailto:basilisco@fgbueno.es)

### Suscripciones

Particulares: 50 €/año  
Instituciones: 60 €/año





## Huesos y banderas. De Atapuerca a la independencia de Cataluña

**Carlos M. Madrid Casado**

Universidad Complutense de Madrid

ORCID 0000-0003-3604-522X

---

### 1. Paleontólogos, periodistas, políticos... y un historiador de la ciencia

---

En el número de Abril de 2013 de la revista *Investigación y Ciencia* apareció un artículo titulado: «Una industria de los orígenes, Atapuerca y la nueva cuna de la historia de España», cuyo autor es Oliver Hochadel (Bruchsal, Alemania, 1968), doctor en Historia de la Ciencia por el Centre d'Història de la Ciència de la Universidad Autónoma de Barcelona. En las apenas dos páginas de extensión del artículo, Hochadel parecía esbozar, entre otras cosas, una crítica de la paleontología o, con más precisión, de la paleoantropología, crecida en torno a Atapuerca. Este soplo de aire fresco nos indujo a la lectura del libro del autor, referenciado en el artículo. Se trata de *El mito de Atapuerca. Orígenes, ciencia, divulgación*, editado por la Universidad Autónoma de Barcelona en 2013.

El libro arranca narrando a modo de diario cuatro días de Julio de 2010. En esos días, España ganó la Copa del Mundo de Fútbol –con Barcelona, como observó el autor, más poblada de banderas españolas que catalanas- y, simultáneamente, se inauguró el Museo de la Evolución Humana de Burgos, que honra al exitoso Equipo de Investigación de Atapuerca (a partir de ahora, EIA), entre cuyos hitos se cuenta el descubrimiento del mayor conjunto en cantidad, calidad y antigüedad de fósiles homínidos de Europa (cráneo de Miguelón, pelvis de Elvis, etc.). Lo que parece una inocente figura retórica para captar la atención del lector no lo es, ni mucho menos, como tendremos ocasión de desvelar. Para Hochadel la conexión entre ambos sucesos no es fortuita, casual. El EIA sería algo así como la versión científica de la Roja; y el Museo, el templo de la ciencia española.

Este historiador de la ciencia, interesado en la vida social de las piedras y los huesos, pretende ofrecer una reconstrucción alternativa de la historia del éxito de Atapuerca tal como la cuentan los investigadores, la hilvanan los medios de comunicación y se la apropian los políticos, entre otros actores públicos (p. 26). No obstante, según señala (p. 31), Atapuerca es virtualmente desconocida fuera de España, más allá de los expertos.

Tras el primer capítulo introductorio, el segundo capítulo aborda el tema del colonialismo científico de Altamira a Atapuerca. Podemos avanzar que Hochadel intenta allanar el camino mostrando que en España existía cierta necesidad social de Atapuerca. Para ello se apoya en dos factores. Uno de carácter interno y otro externo. Por un lado, en el recrudescimiento de la polémica de la ciencia española tras el 98 (p. 40), aunque –como explicamos en Madrid Casado (2013)- este agudizamiento de la manida polémica venía de antes, de la lucha entre liberales y tradicionalistas desde mediados del XIX. Es de destacar que Hochadel subraya que, pese al funcionamiento de la retórica, el atraso científico español en el campo de la investigación prehistórica es cuestionable (p. 47).

Por otro lado, en el abusivo colonialismo científico francés, aunque también tenga –según el autor- mucho de leyenda. Así, tras el descubrimiento de las pinturas de Altamira por Marcelino Sanz de Sautuola (más bien su hija) en 1878, los investigadores franceses del momento denunciaron su interpretación prehistórica como un fraude, hasta que ellos mismos descubrieron las pinturas de la cueva de Lascaux. Una circunstancia análoga se habría vivido con los restos de Atapuerca. A mediados del pasado siglo comenzaron las excavaciones en la

trincheras trazadas entre 1896 y 1901 para la construcción de una vía férrea a través de la Sierra de Atapuerca. Científicos americanos señalaron que los sedimentos de algunas cuevas eran realmente antiguos y, ya en 1978, se inició formalmente el proyecto de investigación bajo la dirección de Emiliano Aguirre. Pero, en los años 80, el naciente EIA tuvo que frenar los intentos franceses de llevarse los fósiles a París, dado que no había paleoantropólogos españoles (pp. 64-65). En 1991, Juan Luis Arsuaga, José María Bermúdez de Castro y Eudald Carbonell tomaron el testigo de su maestro, Emiliano Aguirre, y son desde aquel entonces los tres codirectores del proyecto. Todos españoles.

Para Hochadel (p. 69), el lema que estaba funcionando no era otro que el siguiente: «los fósiles españoles pertenecen a los investigadores españoles», lo que mostraría el vínculo de Atapuerca con el nacionalismo científico, un hilo que el autor retomará más adelante. A nuestro entender, un lema mucho más ajustado sería este: «los fósiles de la Sierra de Atapuerca pertenecen al Equipo de Investigación de Atapuerca», que evita cualquier clase de hipóstasis política, puesto que la labor del EIA no puede desconectarse –sobre todo durante su despegue en la década de los 80- de su competencia con otros equipos y yacimientos también nacionales. Con esto no negamos la conexión «Estado→Ciencia»; pero sí matizamos la recíproca, «Ciencia→Estado», que Hochadel –retengamos esta idea- tiende a hipostasiar, como analizaremos más abajo.

El siguiente capítulo abandona la historia cultural y se adentra en la historia gnoseológica de la ciencia, aunque con fines «externistas», como se pone de manifiesto en capítulos posteriores. Hochadel aborda la carrera del EIA por *el primer europeo*, dentro del debate sobre la población *reciente* de Europa. Puesto que los restos hallados en el estrato Aurora no eran datables mediante métodos radiométricos (por su excesiva antigüedad y por no contener sedimentos volcánicos), el EIA procedió a datarlos por medio de la confluencia entre dos cursos independientes: el paleomagnetismo y la bioestratigrafía (se hallaron en asociación con dientes de un diminuto roedor muy antiguo). La combinación de ambos métodos arrojó que los fósiles tenían al menos 780.000 años de edad. Algunos científicos holandeses, partidarios de la cronología corta en el poblamiento de Europa, se mostraron reacios a aceptar esta identidad sintética, esta «verdad».

El EIA no se detuvo y se planteó a qué especie de homínido pertenecían. Como no encajaban con ninguna de las conocidas, tenía que tratarse de una especie nueva: *Homo antecessor* (aunque el propio Emiliano Aguirre se mostró al principio en contra, amparándose en la navaja de Ockham, pp. 89 y 98). Además, el EIA avanzó la hipótesis de que podría tratarse del último ancestro común entre neandertales y sapiens: el *homo antecessor*

habría dado lugar en Europa al neandertal; y en África, al sapiens (p. 93). Ahora bien, como apunta Hochadel, tanto la definición de esta nueva especie como, en especial, el escenario africano han sido contestados por su componente altamente especulativo fuera de nuestras fronteras (p. 94 y ss.). Algunos paleoantropólogos han criticado que el establecimiento de la nueva especie se basa en los rasgos faciales de un único individuo joven, ni siquiera adulto, el chico de la Gran Dolina (aunque es bastante común que las inferencias en paleoantropología se basen en un único ejemplar). Otros han puesto de relieve que no hay rastros del *homo antecessor* fuera de Europa que confirmen la genealogía africana propuesta por el EIA.

Las críticas contra la clasificación han arreciado desde 2001, cuando investigadores foráneos intentaron reducir el *homo antecessor* a una especie más antigua: *Homo mauritanicus*. La respuesta del EIA en forma de artículo fue rechazada por un árbitro –abiertamente hostil, según el propio EIA- de la revista *Journal of Human Evolution*, y terminó siendo publicada en una revista francesa de menor impacto (p. 103). A día de hoy, el EIA ha retirado la tesis del ancestro común y solo defiende que se trata de una especie nueva: De Castro, a diferencia de Arsuaga y Carbonell, evita cualquier tono triunfal (p. 107). En suma, la tan aireada y controvertida tesis de que el *homo antecessor* es el antepasado común entre sapiens y neandertales no ha sido aceptada en otros países, pese a que sigue vigente en España.

Sin negar las discrepancias en el seno de la comunidad científica internacional, hay que subrayar que la visión de Hochadel ha de ser suavizada. El *homo antecessor* tiene mucha más presencia internacional de la que el historiador alemán quiere hacer creer. Por ejemplo: una visita rápida –realizada el 2/1/2014- a las páginas de Wikipedia sobre la evolución humana en otros idiomas, en cuanto son un excelente indicador de la reificación del conocimiento, demuestra que el *homo antecessor* aparece tanto en el árbol evolutivo de la página inglesa como de la francesa y solo desaparece en la alemana, aunque es mencionado en el cuerpo del texto (curiosamente, la página alemana dedicada al *homo antecessor* es la única que detalla la controversia que resume Hochadel). Pero hay más: la búsqueda con Google del término «homo antecessor» arroja 234000 resultados, de los cuales 68600 corresponden al español, 47700 al inglés, 4720 al francés y solo 3860 al alemán. En otras palabras, la presencia pública del *homo antecessor* es realmente significativa en el mundo anglosajón, que es en el que con predominancia se construye la ciencia, si atendemos a que prácticamente es del orden de la que se da en el mundo hispano de origen.

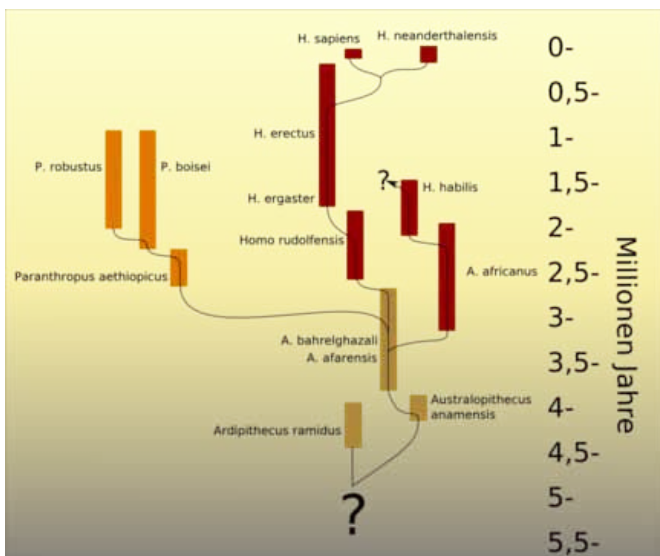
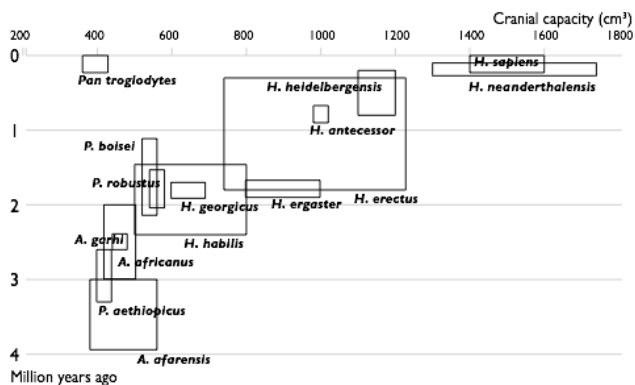
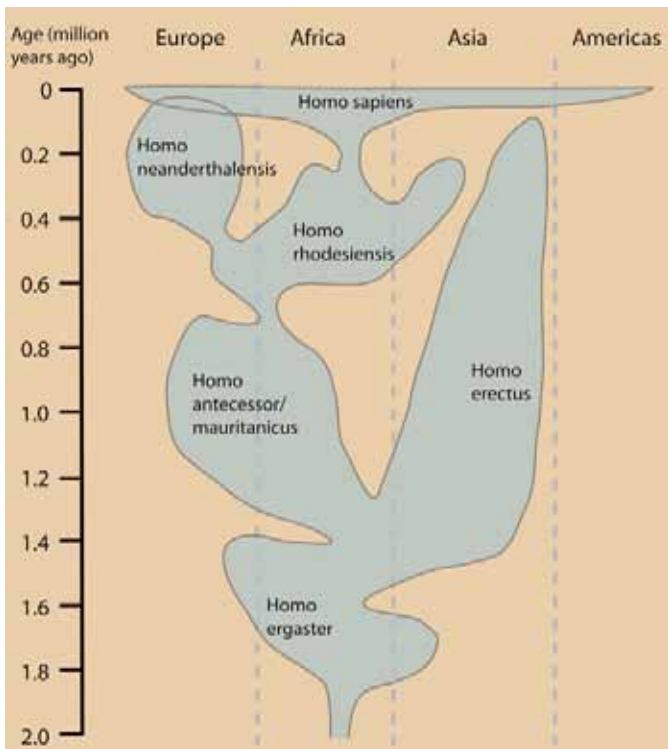
## 2. La Sierra de Atapuerca: ¿mina del nacionalismo español?

Tras siglos de atraso y colonialismo científico, Atapuerca sería el sueño que se hace realidad, que permite superar el complejo de inferioridad de los españoles en materia científica y, de paso, reforzar la desgastada identidad nacional, gracias a la hábil alianza entre los investigadores y los medios de comunicación. Es el mejor bastión de la ciencia y de la nación españolas, puesto que se trata de un proyecto científico eminentemente hispano y la gran antigüedad de los fósiles encontrados supone un magnífico punto de partida para la historia de España: «el hombre de Atapuerca como el primer español». En el capítulo cuarto, Hochadel mantiene que Atapuerca ha reemplazado a Altamira como cuna de la historia de España.

Este uso político de la prehistoria no es nuevo, pues también lo han practicado Gran Bretaña (los ingleses, dado que los alemanes tenían al hombre de neandertal y los franceses al de cromañón, se inventaron al hombre de Piltdown) o, más recientemente, Etiopía con Lucy. A lo largo del siglo XX se ha pasado de vindicar la continuidad biológica con los ancestros al orgullo por los descubrimientos paleontológicos. En la actualidad el reforzamiento de la identidad nacional tendría su fuente más en el nacionalismo científico que en el nacionalismo biológico o étnico. Sin olvidar su mercantilización turística, algo en lo que el EIA no ha tenido parangón: «el hombre de Atapuerca como el primer burgalés» (p. 116).

Abundando: la politización de Atapuerca ha servido –siempre según Hochadel– para acreditar el nacionalismo español posfranquista, en especial durante el mandato de Aznar. La derecha se ha apropiado los descubrimientos para subrayar la larga unidad de la historia de España (p. 132). El problema es que la muestra que Hochadel selecciona no parece representativa. En efecto, García de Cortázar, De la Cierva o Campmany son historiadores o periodistas de derechas que han escrito sobre la historia de España radicándola en Atapuerca (p. 129); pero, como el propio Hochadel (p. 134) se ve forzado a reconocer, Jiménez Losantos, César Vidal o Pío Moa no anclan el origen de España en Atapuerca, porque España es una entidad histórica, no prehistórica, claro.

Todos los ejemplos que toma Hochadel están entresacados de la prensa o de publicaciones de ciencias sociales, no de artículos o libros del EIA. ¿Cómo se posiciona al respecto el propio EIA? Hochadel basa su argumentación en que el marketing de Atapuerca va por el lado del nacionalismo español, recurriendo al nacionalismo científico para forzar la conexión con el nacionalismo político, aunque se ve obligado a reconocer que en el EIA pesa tanto o más el discurso europeo: el *homo antecessor* sería el primer europeo, no el primer español (p. 138 y ss.). Y de aquí parte nuestra desconfianza hacia la tesis central del libro (la adscripción *etic* de la etiqueta



De arriba abajo, árboles evolutivos que aparecen en las versiones inglesa, francesa y alemana de la página de Wikipedia dedicada a la Evolución Humana. Nótese que el *homo antecessor* solo desaparece en la alemana y que en la inglesa aparece equiparado con el *homo mauritanicus*.

«nacionalista español» al EIA): el *homo antecessor* se presentaba mucho más como el primer europeo que como el primer español, y los miembros del EIA se identificaban *emic* como cazadores del primer europeo, no del primer español<sup>1</sup>. Es más, a diferencia del *homo catalaunicus*, el *homo antecessor* no fue bautizado como *homo hispanus*, ni siquiera como *homo atapuerquensis* (del mismo modo, la bifaz *Excalibur* no se llamó *Tizona*). Una diferencia que se capta enseguida si comparamos con el procedimiento del equipo del Institut Miquel Crusafont a cargo de Salvador Moyá-Solá, nacionalista catalán declarado: los hallazgos del yacimiento catalán de Can Mata, la Atapuerca de los simios del Mioceno, han ido siendo bautizados sucesivamente como *Pau*, *Jordi*, *Llull*, *Dryopithecus laietanus* (en referencia a los antiguos catalanes), etc.

Ahora bien, para Hochadel, el discurso europeo del EIA también tiene su explicación dentro del juego de intereses sociales: el EIA querría internacionalizar este proyecto genuinamente español, recabando prestigio y financiación –así como turismo–, lo que hasta el momento habría sido –según el autor– un fracaso (p. 179). Pero, preguntamos, ¿cómo va a ser un fracaso a tenor de los artículos punteros en *Nature*, *Science* o *Journal of Human Evolution*, las múltiples traducciones de los libros de Arsuaga (incluyendo inglés, francés y alemán), las exposiciones de Atapuerca en Francia, China o Estados Unidos, así como que el LXX Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas va a celebrarse en Atapuerca en 2014? Como demuestran Lozano *et al.* (2013), cuyo análisis bibliométrico parece un enfoque más adecuado –o, cuando menos, más objetivo– para zanjar la cuestión, el EIA constituye una red científica multidisciplinar y multinacional, en la que han participado 945 científicos de hasta 33 nacionalidades diferentes (contra la tesis nacionalista española de Hochadel). De hecho, las instituciones de procedencia de los investigadores firmantes del último artículo portada en *Nature* (Diciembre de 2013), a propósito del hallazgo en Atapuerca del ADN humano mitocondrial más antiguo, tejen una tela cuya amplitud solo se alcanza a vislumbrar a escala europea: la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Alcalá, el Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana (Burgos) y el Instituto Catalán de Paleoecología Humana y Evolución Social aparecen liderados por el Instituto Max Planck (Alemania). Sin perjuicio de que los tres codirectores del EIA conformen un núcleo español estable, el hecho de que España sea desde hace décadas una potencia en investigación prehistórica y arqueológica disminuye la

probabilidad de que un científico de fuera ocupe puestos directivos (en la página 18, el historiador alemán reconoce que España solo es superada por Estados Unidos en términos de publicaciones sobre evolución humana en revistas especializadas del ramo).

Al final del libro, Hochadel (p. 315 y ss.) prosigue y traza un paralelismo asombroso entre las fosas de la Guerra Civil y las excavaciones de Atapuerca. Pese a que admite que los investigadores no politizan el yacimiento, su flexibilidad al respecto conformaría una estrategia en la que, por un lado, los fósiles representan el éxito de la ciencia española y, por otro, sustentan la noción de una historia común que hunde sus raíces en la prehistoria. Hochadel subraya que el EIA pudo ver con agrado la instrumentalización de sus fósiles para renacionalizar España con Aznar y la historiografía de derechas, puesto que Atapuerca constituye un punto de partida de la historia de España más amable y neutral para izquierdas y derecha que las fosas comunes «heredadas de cuarenta años de dictadura ultranacionalista». El EIA simbolizaría la modernización democrática de España, de una España que –sin embargo– no ha resuelto el problema de la represión franquista: «España puede haber encontrado un nuevo comienzo de su historia en Atapuerca pero el pasado reciente sigue sin resolverse». Hasta donde alcanzamos, esta comparación con que termina el libro es totalmente gratuita, más allá de que en ambos casos se desentieran huesos. Por la misma razón se podría comparar la visita a un zoológico con la visita a una cárcel (por ejemplo, Carabanchel, por citar una con resonancias pre-democráticas). Y, sin embargo, en ambos casos, el salto de la antropología o de la etología a la historia constituye un error categorial de bulto. Lo interesante es lo que esta comparación nos cuenta de las coordenadas del autor, como si al final del libro por fin cayera la máscara...

---

### 3. La miseria del sociologismo (I): reduccionismo

---

En el siguiente capítulo que queremos comentar, el quinto, Hochadel se interna aún más en la burbuja mediática en torno a Atapuerca. La estrecha alianza entre el EIA y los medios de comunicación es la causa de su gran impacto público, de que esta montaña de huesos forme ahora parte del imaginario colectivo. Este es el «gran secreto» de Atapuerca o más bien –añadiríamos nosotros– el «secreto a voces». Para Hochadel (pp. 150-151), la prensa no solo amplifica los resultados científicos, sino que demanda periódicamente buenas historias. «El superlativo y la hipérbole han sido la banda sonora de la cobertura mediática de Atapuerca» (p. 156). A juicio del autor, ha existido una carencia notable de distancia (y aquí la crítica seguramente sea acertada). Así, se ha calificado a la Sima de los Huesos como la Capilla Sixtina del Pleistoceno o al Museo de Burgos de Catedral de la Evolución Humana. En otro plano, se ha exacerbado el canibalismo o el altruismo

---

(1) Referiré a pie de página la anécdota relatada por varios amigos, que tuvieron ocasión el pasado verano de conocer a Arsuaga y Carbonell en una comida multitudinaria en Ibeas de Juarros. Preguntados por las tesis de Hochadel, ambos científicos se defendieron de la acusación de vendedores de humo diciendo que habían sido divulgadores, y de los más efectivos en España. Asimismo, se defendieron de la acusación de nacionalismo español diciendo: «un vasco y un catalán, ¿cómo vamos a ser nacionalistas españoles?». De hecho, Carbonell, oriundo de Gerona, se ha posicionado públicamente a favor de la independencia catalana.

de los homínidos de Atapuerca, a pesar de que el comportamiento no se fosiliza.

Los descubrimientos del EIA se han visto muy potenciados por el esfuerzo divulgativo (lo que redundaba en la financiación del proyecto). Esta industria cuenta en su inventario con una treintena de libros de divulgación a cargo de Arsuaga, Bermúdez de Castro y Carbonell, programas para televisión, exposiciones itinerantes, un parque arqueológico y hasta un museo. Según Hochadel, lo más grave es que el EIA ha empleado los medios de comunicación para legitimar una teoría osada en el plano científico. La interpretación de la bifaz Excalibur como la primera ofrenda funeraria humana fue rechazada en revistas punteras y publicada en una revista francesa menor, aunque el EIA la difundió públicamente antes de tiempo y la usó como arma o reclamo publicitario (p. 172 y ss.). «¿Han cruzado la línea prohibida que separa la popularización de la propaganda?», se pregunta el historiador alemán en la página 205. Su respuesta es positiva, como demostrarían las meteduras de pata de Carbonell en el programa *Sota Terra* de TV3, pese a que su reputación científica todavía no se haya visto dañada. A diferencia, Salvador Moyá-Solá, a quien se nos pone como ejemplo, «no ha cultivado el discurso del fomento de la ciencia española (o catalana en este caso)» y «demuestra una gran aversión a cualquier clase de bombo informativo» (pp. 198 y 200 respectivamente). Hochadel concluye: «parece muy difícil adivinar qué habría pasado si Moyá-Solá y su equipo hubieran decidido dedicar más tiempo y energía a la divulgación». La comparación evidenciaría que integrar la popularización y la comercialización en el proyecto de investigación, como lo hace el EIA, no es más que una opción, no es inevitable (pp. 201 y 308).

Conviene darse cuenta de la doble vuelta del revés. Por una parte, como retomaremos más abajo, Hochadel critica la paleontología española tomando partido por la paleontología catalana, esto es, desde coordenadas periféricas. Por otra, mantiene que los investigadores del EIA han legitimado sus afirmaciones en base a su omnipresencia en los medios de comunicación (*sic*). De este modo enturbia la validez científica de los descubrimientos del EIA por medio de la puesta en escena de la génesis social de todo conocimiento, como si la segunda fuese la causa de la primera y no, simplemente, su condición de posibilidad, por cuanto la socialización repercute en el crédito o prestigio y la financiación. Esta idea, paradigmática de la moderna sociología del conocimiento científico, se repite en el siguiente capítulo, cuando Hochadel se plantea si la fama del EIA irradia de los descubrimientos o de la divulgación (p. 215).

Aún más, como se resume en el último capítulo, el octavo, el fin del libro es desmontar la montaña mágica de Atapuerca mostrando cómo se encajaron todas sus piezas (objetos, textos, metáforas, teorías, instituciones,

personas, etc.) y que es imposible separar la esfera científica de la esfera pública (pp. 304-305). ¿Cómo se habría desarrollado el proyecto de investigación sin el exitoso esfuerzo de popularización? Hochadel esboza a grandes rasgos el siguiente esquema: el hallazgo del *homo antecessor*, con la consiguiente publicación en *Science* en 1997, condujo a la aclamación que supuso la concesión del Premio Príncipe de Asturias, que a su vez aseguró la financiación y el crecimiento del proyecto (p. 305). Desde luego, no podemos sino estar de acuerdo con esta parte del diagrama. Pero, a continuación, Hochadel añade que los descubrimientos de restos de homínidos fueron la *condición necesaria*, pero que el impacto mediático fue la *condición suficiente* del éxito del proyecto. Y en esto tenemos que discrepar. El impacto mediático no es una condición suficiente del éxito científico (un equipo de investigación que vendiese humo antes o después vería clausurado su programa de investigación), sino otra condición necesaria (por lo menos en cierto grado). Solo la conjunción de los descubrimientos científicos con la repercusión pública conforma una condición suficiente. ¿Por qué un yacimiento como Atapuerca es capaz de generar tanta información? Si tras la conexión del EIA con los medios de comunicación no hubiera unos descubrimientos únicos de relevancia internacional, nada de esto sería posible. La mejor explicación del éxito es, en este caso de estudio, la verdad.

A manera de contraprueba de nuestra objeción («las afirmaciones científicas del EIA no son resultado de su relevancia pública»), podemos probar a analizar estadísticamente los «picos científicos» con los «picos publicitarios». Obviamente, entre ambas series temporales existe una correlación. Pero correlación no quiere decir causación, como suelen confundir muchos estudiosos provenientes de las ciencias sociales que no manejan con soltura los métodos estadísticos. Según los datos consignados por Lozano *et al.* (2013, Tabla 1), el 80% de los veinte artículos del EIA más citados por los especialistas fueron publicados entre 1992 y 2001. De hecho, los cinco primeros puestos del ranking –que corresponden a los grandes hitos (el descubrimiento de los fósiles humanos más antiguos de Europa, la definición de una nueva especie y la primera evidencia de canibalismo conocida) publicados, respectivamente, en *Nature*, *Science* y *Journal of Human Evolution* (consultar bibliografía)- los copan artículos publicados en 1995, 1997, 1999, 1993 y 1995. Es decir, previos en su mayoría a los grandes reconocimientos públicos (pongamos por caso, la concesión del Premio Príncipe de Asturias en 1997 o la inauguración del Museo de la Evolución Humana en 2010). Los «picos científicos» son, por tanto, anteriores en el tiempo a los «picos publicitarios», y no al revés. Es más, Carbonell, por ejemplo, solo comenzó a publicar artículos en revistas internacionales con un alto factor de impacto tras comenzar su codirección del EIA en 1991: el prestigio

le vino por Atapuerca; no –empero- al revés. Con esto, por descontado, no queremos menospreciar el valor de la divulgación en la empresa científica, algo que nosotros mismos hemos ponderado en el contexto de la ciencia napoleónica (Madrid Casado: 2012b, caps. 3 y 4).

Uno de los escollos del libro es que el autor no aclara sus premisas metodológicas. Apenas una referencia de pasada a la teoría del actor-red de Bruno Latour (p. 27 n.p. 11) –cuyo influjo se percibe en el análisis del círculo vicioso: descubrimiento → crédito → divulgación → financiación → nuevo descubrimiento- y otra completamente tangencial al historiador Paul Forman (p. 121). Hochadel confiesa su interés por la teoría del sociólogo francés en cuanto niega la distinción entre lo natural y lo social, la frontera entre la esfera científica y la esfera pública; pero, paradójicamente, a lo largo del libro, el historiador alemán no hace sino remarcar que en Atapuerca lo social prima sobre lo natural: «el enorme éxito del proyecto Atapuerca solo puede explicarse si se atiende a la comunicación de los descubrimientos» (p. 27). O, como apunta poco más adelante, recayendo otra vez en la distinción que pretende superar, el EIA parece estar atrapado entre la profesionalidad y la demanda mediática de historias de gran impacto por parte del público, esto es, entre la lealtad a la naturaleza y la servidumbre a la sociedad (p. 32).

Desde el materialismo filosófico hemos ensayado una relectura del giro sociológico que ha tomado la historiografía de la ciencia en los últimos años (Madrid Casado: 2012a, tercera clase). La ciencia es, por supuesto, un fenómeno social, pero esta adscripción no condiciona ni oculta su verdad. La sociedad orienta el alcance (ontológico) de la ciencia. En concreto, la teoría del cierre categorial reconoce que la acción social se manifiesta sobre la ciencia como *limitativa* (cada época solo se plantea los problemas que tiene abiertos), *directiva* (el estado del mundo actúa como aguja indicativa de los fenómenos sobre los que se puede ejercer dominio) y *conformativa o de impronta* (cada época solo dispone de una gama de técnicas y artefactos accesibles) (Bueno: 1992, tomo I). Ahora bien, si la ciencia cierra, construyendo «teoremas científicos», se emancipa de la sociedad que la produjo (la física atómica es hoy tan independiente de la guerra nuclear como la mecánica de la balística de cañones). En nuestro caso, el hecho de que huesos y piedras sean –por usar términos materialistas- fetiches enredados en el mito de la Cultura, esto es, la constatación de la maleabilidad interpretativa de los fósiles de Atapuerca, es lo que precisamente demuestra que los barnices ideológicos son externos al cierre científico.

A nuestro entender, Hochadel olvida que la paleontología no se reduce a la categoría sociológica. Cabe, desde luego, una historia cultural no solo de la génesis y del error en ciencia –que suele ser precondition de la verdad- sino también de la capa metodológica,

es decir, de la nebulosa de ideologías que envuelven a la capa básica en que se encuentran las tecnologías propiamente científicas. Pero la génesis social no vicia necesariamente la objetividad científica, al menos cuando se entiende la verdad como una identidad entre partes materiales de las ciencias. Una dirección en la que apunta la teoría de Latour, que Hochadel menciona sin captar toda su profundidad. Tanto el Programa Fuerte (Bloor & Barnes) como el Programa Empírico (Collins & Pinch) de la sociología del conocimiento científico minimizaron el papel de la naturaleza y de lo material en la resolución de las controversias científicas; pero los sociólogos partidarios de los estudios de laboratorio han intentado anclar las controversias en algo de algún modo material. Así, la teoría de la red de actores de Latour y Callon convierte la ciencia en un proceso de constante interacción entre el científico, los actores humanos más allá de las paredes del laboratorio (periodistas, gestores, políticos) y, atención, los actores no humanos (bacterias, átomos, fósiles). La nueva teoría de Latour, pionero junto a Woolgar en defender la tesis de la construcción social de los hechos científicos, supone una inflexión a tomar muy en cuenta para explicar cómo es posible que la ciencia dependa tanto de la cultura y, al mismo tiempo, produzca resultados tan sólidos. Hochadel no percibe que Latour reintroduce lo material como conjunto de actores no humanos. Una decisión que ha sido criticada por Collins, considerando que de este modo se da marcha atrás en la superación del realismo natural y se obstaculiza el poder crítico del sociólogo. Pero que, en cambio, ha sido muy aplaudida por otros como Pickering, para quien la recuperación de la agencia material viene a cubrir una importante laguna de los análisis sociológicos. Y, sin embargo, *El mito de Atapuerca* sigue envuelto en la pobre ontología de los sociólogos «ochenteros» (polo natural/ polo social), perfilándose su autor como un antirrealista natural y, seguidamente, un realista social. Con otras palabras, Hochadel se limita a cambiar la Physis por la Polis como centro de la esfera que describe Atapuerca.

---

#### 4. La miseria del sociologismo (y II): reflexividad

---

Por otro lado, Hochadel puntualiza que la posición del historiador de la ciencia ha de ser a distancia, puesto que a él no le corresponde juzgar (p. 29). Pero si se acepta esta suerte de simetría vergonzante, ¿por qué no aplicar el reduccionismo sociológico al autor del libro y sus circunstancias amparándonos en el principio de reflexividad de la sociología del conocimiento científico? Si los paleontólogos de Atapuerca son en esencia agentes al servicio del nacionalismo español, ¿acaso Hochadel no será sin saberlo un agente al servicio de otro nacionalismo? Quizá de esta manera se expliquen ciertos pasajes del libro que pueden chirriar al lector medio (las menciones a la selección de fútbol, las fosas de la guerra civil, Aznar, etc.).



Una primera hipótesis de trabajo podría ser que, dado que el autor es extranjero, está contemplando la paleontología española desde fuera, desde una plataforma estatal «enemiga» (Alemania), con lo que su crítica habría que incluirla como otro episodio más de la manida polémica de la ciencia española (Masson de Morvilliers, Montesquieu...), circunscrito –eso sí- al campo de la paleontología, donde residiría su novedad. En cambio, si tomamos en cuenta la trayectoria profesional del autor, así como otras publicaciones suyas, nuestra hipótesis de trabajo cobra un color muy diferente.

Oliver Hochadel es, actualmente, científico titular de la Institución Milá y Fontanals del CSIC de Cataluña, habiendo conseguido esta plaza fija recientemente. Sin poner en duda sus méritos para la plaza, la acusación un tanto alegre de «nacionalismo español» vertida sobre el EIA puede servir de pasaporte a la integración académico-social en Cataluña. Esta impresión se ve confirmada cuando se lee en su libro la sintomática expresión «Países Catalanes» (p. 121) y, en especial, cuando se repasa el contenido del monográfico que acaba de editar bajo el significativo título *Searching for stones and bones. Catalan Palaeontologists and human origins research in Spain* en la revista *Dynamis* (Volumen 33/2, 2013). Entre las contribuciones incluidas<sup>2</sup>, destacan la introducción («Palaeoanthropology in the periphery. An introduction») y el artículo dedicado a Eudald Carbonell («The multiple Eudald Carbonell: The various roles of Catalonia's most popular archaeologist»), ambas a cargo del propio Hochadel. El título del monográfico ve explicado su origen cuando Hochadel afirma: «The adjective “Catalan” is meant to imply more than just a geographical denomination. It points to issues of national identity» (p. 281). Y, algo más adelante (p. 290), Hochadel propone como tema para futuras investigaciones «the search for human roots in Catalonia prior to 1940».

No obstante, como se reconoce en las páginas 284, 287, 396 y 399, el dossier no dibuja una visión opresiva para con los científicos catalanes durante el franquismo (tampoco de discontinuidad o salto con el advenimiento de la democracia). Miquel Crusafont, por ejemplo, se acomodó bastante bien en la España de Franco (este católico ferviente defendió la teoría de la evolución en una versión finalista cercana a la del Padre Teilhard de Chardin). De facto, Crusafont se definió en sus cartas como «servidor de la Ciencia española» y Hochadel, en su libro (pp. 52-53), lo retrata –poniendo un pie en la psicología y el otro en la política- como «un científico autoritario e irritable, bastante típico de la era franquista» (¿?). Lo más sorprendente es que, según

(2) Varias de ellas dedicadas a estudiar las redes que el paleontólogo Miquel Crusafont (1910-1983) tendió dentro y fuera de la España de Franco (internacionalmente, sobresale su contacto con el prestigioso paleontólogo norteamericano George G. Simpson, adalid de la síntesis) para relanzar la paleontología española –no explícitamente catalana-; y la presencia en la prensa de la polémica a propósito del Hombre-Asno de Orce, en la que intervino el paleontólogo también de origen catalán Josep Gilbert (1941-2007).

Hochadel termina explicando en las páginas 293-294, los «paleontólogos catalanes» a los que refiere el título del dossier no han sido tales en términos identitarios más allá de los geográficos: la catalanización de Crusafont ha sido post-mortem; Josep Gilbert nunca enfatizó su identidad catalana; y Carbonell, el único verdaderamente catalanista de los tres, ha sido y es uno de los tres puntales de la paleontología española junto con Arsuaga y Bermúdez de Castro (p. 402 y ss.). La atomización de la paleontología española en sus componentes étnicos –en particular, catalanes- a duras penas rinde frutos, puesto que desatiende que los equipos investigadores solo se constituyen como tales a través de España y sus instituciones, incluyendo la lengua (el contacto dentro del EIA entre paleontólogos catalanes, vascos, gallegos y madrileños, entre otros orígenes, suponemos que se dará hablando como es natural en español, no en francés o inglés).

Entonces, ¿por qué se utiliza constantemente la referencia catalana (para el título, para futuras investigaciones, etc.) cuando el contenido de los artículos del monográfico desmiente en ejercicio esa representación (la trayectoria científica de Crusafont, Gilbert y Carbonell, por mencionar a los tres paleontólogos catalanes bajo estudio, desborda el marco catalán y solo puede entenderse a escala española e, incluso, continental)? ¿Qué importa, por tanto, que sean catalanes? La respuesta está, de nuevo, en el marketing, en los intereses sociales.

Quizá, con buen criterio, Hochadel se ha mimetizado con el ambiente y, a la manera del EIA, se ha convertido –acaso sin saberlo- en un agente al servicio del nacionalismo, del nacionalismo secesionista catalán (hipótesis nada disparatada dado que el juego de intereses es mucho más frecuente en las ciencias sociales que en las ciencias naturales). De esta manera se estaría allanando el camino para convertirse en uno de los primeros historiadores oficiales de la ciencia del futuro Estado Catalán. No en vano, las vicisitudes del nombre del Instituto Provincial de Paleontología, fundado en 1969, ilustran la deriva nacionalista de las instituciones científicas con meridiana claridad: en 1983, fue rebautizado como Institut de Paleontología Miquel Crusafont y, desde 2006, se denomina ya Institut Català de Paleontologia Miquel Crusafont. Es más, no hace ahora ni diez años que los paleontólogos catalanes descubrieron los restos de *Pau*, un ejemplar de *Pierolapithecus catalaunicus*, el «primer catalán». Pero, entonces, ¿por qué no escribir y publicar *El mito de Atapuerca* en catalán en vez de en español? Probablemente, aplicando otra vez el principio de simetría tan querido por los historiadores de la ciencia metidos a sociólogos, la respuesta esté una vez más en el marketing, en que 300 millones de potenciales lectores pesan más que solo 4...

---

## 5. Conclusión: el Reino del Hombre y la República de las Ciencias

---

En suma, en el libro reseñado no encontrará el lector, pese a las interesantes digresiones históricas, una crítica filosófica de la paleoantropología (el autor la identifica –sin asomo de crítica- con la ciencia del origen del hombre) sino, a lo sumo, una crítica sociológica de la *paleontología española* desde coordenadas periféricas (que, por nuestra parte, hemos intentado neutralizar). Solo nos resta ofrecer un esbozo de lo que podría ser una crítica filosófica de la paleoantropología y sus fundamentos. Es lo que pretenden las notas que siguen.

El Reino del Hombre está formado por toda esa nebulosa de conceptos científicos e Ideas filosóficas desprendidos del trabajo de los antropólogos, paleontólogos, biólogos, historiadores... La cuestión fundamental es que el conjunto de las llamadas Ciencias Humanas no arroja una Idea clara y distinta de Hombre sino a lo sumo una rapsodia de notas calificadoras o señas de identidad muchas veces incompatibles entre sí. Consideremos, por ejemplo, la siguiente «lista de lavandería» (por emplear la expresión de Marvin Harris): bipedismo, encefalización, fabricación de instrumentos, lenguaje articulado, infancia prolongada, dieta particular, etc. El problema científico se transforma en un problema filosófico de envergadura cuando se trata de comparar estos rasgos dialécticamente entre sí: el bidepismo liberó las manos, de acuerdo, pero ¿qué fue antes: la capacidad de manipular herramientas o la encefalización progresiva? ¿Hacer o pensar? Un problema abierto desde que Linneo definiera al hombre precisamente como *homo sapiens* en 1758 (reinterpretando a su modo la gracia como inteligencia, dentro del proceso de inversión teológica que caracteriza a la Modernidad).

Charles Darwin puso en movimiento las clases naturales de Linneo. Aunque el transformismo de Darwin en contraposición al fijismo de Linneo ya estaba en el aire (se encuentra en Empédocles, Lamarck o su abuelo naturalista), la originalidad del científico inglés descansa en haber proporcionado un mecanismo explicativo: la selección natural (entendida como metáfora, según expone en *El origen de las especies*, en 1859). El nominalismo darwiniano con respecto a las especies arrumbó el realismo linneano de cuño teológico. Como han subrayado Alvargonzález (1996), Insua (2005, 2006) y Ongay (2009, 281 y ss.), el teorema darwiniano de la evolución se basa primariamente en las técnicas de domesticación y cría de animales y plantas (la *selección natural* como extensión de la *selección artificial* practicada por el hombre, pero prescindiendo del sujeto operatorio, del demiurgo selector, y por tanto de cualquier finalidad), y se materializa en los árboles evolutivos que reordenan las especies vivas y los fósiles de las especies extintas (reconstrucción filogenética de las taxonomías morfológicas, homologías). Frente a los filósofos de la ciencia que en la línea de Popper acusan a la teoría de la evolución de tautológica («los

individuos más aptos, sobreviven; y los individuos que sobreviven son los más aptos»), puede sostenerse que la selección natural cobra todo su significado al considerar el mecanismo de la selección artificial de animales y plantas como primer analogado, como patrón, aunque sea para incluir en él importantes modificaciones. A partir de 1930, la teoría «sintética» de la evolución aunó el darwinismo clásico con la genética mendeliana, mediante el ajuste de una multiplicidad de cursos (anatómicos, biogeográficos, paleontológicos, embriológicos, bioquímicos, estadísticos, etc.).

Como es sabido, la especie humana no escapó ni ha escapado al dominio de aplicación del teorema de la evolución, desde que Darwin publicara *El origen del hombre* en 1871, aunque el descubrimiento de fósiles humanos venía de antes. Cuando se adopta la perspectiva de la filogénesis –que, a diferencia de la ontogénesis, no es un proceso dotado de finalidad- se suscita el problema ya mencionado de la demarcación entre el hombre y el resto de animales, entre nuestros antepasados prehumanos y los humanos modernos. El hombre es, antes que nada, un género de animales. El género *Homo* está rodeado de otros géneros de animales parecidos (como el género de los chimpancés), aunque la mayor parte de ellos se han extinguido (*Ardipithecus*, *Australopithecus*, etc.). El género *Homo* consta, a su vez, de una multiplicidad de especies, todas ellas desaparecidas menos la especie a la que pertenecemos los humanos modernos. La relación filogenética exacta entre las diferentes especies del género *Homo*, y entre el género *Homo* y el género precursor de los *Australopitecos*, es un asunto de momento sujeto a controversia.

El despuntar de la paleontología, en conjunción con la difusión del fundamentalismo científico, en la segunda mitad del siglo XX ha provocado que los paleontólogos –o, mejor dicho, los paleoantropólogos- hayan tomado el testigo de los antropólogos a la hora de definir al hombre. Curiosamente, como apunta Goodrum (2009), se trata de un territorio virgen, sin explorar, para los filósofos, historiadores y sociólogos de la ciencia, que aún no han asumido la labor de criticar en serio los compromisos metafísicos de estos científicos en alza: la incertidumbre gnoseológica a la hora de interpretar los fósiles y artefactos, así como al establecer las filogenias y definir las especies; el papel desempeñado por los dibujos, las imágenes, las narraciones, los estereotipos (el hombre primitivo cubierto de roña o, tras la extensión de los derechos humanos a los animales, humanizado) y las cuestiones de raza o sexo (las mujeres como matronas o recolectoras, no cazadoras) en la reconstrucción por parte de los paleoartistas del aspecto y la conducta de los primeros humanos a partir de unos restos minúsculos («la trampa del antropomorfismo»); la apropiación mediática e identitaria de los huesos y las piedras; la divulgación y popularización de los hallazgos, etc. Sobre los últimos puntos el libro de Hochadel daba sobrada cuenta, pero –como va dicho- en ningún momento

entraba en criticar a fondo los compromisos ontológicos de los paleoantropólogos.

En libros como *La especie elegida* o *El enigma de la esfinge*, Juan Luis Arsuaga (paleontólogo codirector del equipo de investigación de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca) ofrece exposiciones brillantes cuando se circunscribe a su campo categorial (ya sea para clasificar el registro fósil o para dejar constancia de las diferencias entre neodarwinistas y partidarios del equilibrio puntuado). No obstante, encuentra espacio para dejar volar su filosofía espontánea de científico. Así, tras criticar con acierto las narraciones de la evolución humana no darwinianas (aquellas que dejan hueco al diseño inteligente u otorgan un papel activo al organismo en la evolución) o darwinianas de resonancias míticas (la Eva Negra, el Arca de Noé), no repara en que la crítica también podría hacerse extensiva a muchos contenidos latentes en su propia exposición. En efecto, como Gustavo Bueno (1998) pone de relieve, solo cabe hablar de evolución entre especies (éste es el acierto de Darwin), pese a que la Idea de Evolución y la *Scala Naturae* hayan quedado soldadas a través de la Idea de Progreso. Preso de esta identificación, Arsuaga subtítulo uno de sus best-sellers: *Del átomo a la mente* (¡vaya salto!). En este libro, *Amalur*, tras un capítulo introductorio en que se pasa rápidamente del átomo a la célula, el paleontólogo toma el relevo para conducirnos hasta el hombre y más allá, ascendiendo de dos en dos los peldaños de la escalera del progreso. Otra ilustración nos la proporciona Eudald Carbonell (otro de los codirectores, junto a José María Bermúdez de Castro, del proyecto Atapuerca), cuando en sus libros *Aún no somos humanos* o *El catalanisme evolutiu* afirma que el proceso biológico de «hominización» está completo, pero que el proceso cultural de «humanización» no ha hecho más que empezar, y apuesta por una socialización del conocimiento basada en la bondad del progreso científico. Al tiempo que tratan de entender el propio trabajo, Arsuaga y Carbonell amplían el campo de batalla académico y ejercen de admonitores del ecologismo o de cierta ideología política, respectivamente.

Ahora bien, las Ideas de Hombre que ofrecían los antropólogos y que, a principios del siglo XXI, ofrecen los paleontólogos suelen adolecer de una flagrante petición de principio (*dialelo antropológico*). Cuando hablan del «hombre primitivo» están ya partiendo del hombre actual, que se está dando por supuesto: el «hombre primitivo» es, literalmente, el «hombre que no es hombre» (este antropomorfismo se capta también en expresiones como «gen egoísta» o «principio antrópico»).

No es poca la ingenuidad del paleontólogo que quiere acercarnos al origen del hombre sustantivando para ello un par de hilos del proceso. Es absurdo hablar del «origen del hombre» o del «momento de la hominización», porque no hay un único hilo sino muchos que siempre

pueden perseguirse hacia atrás (Bueno: 1998, 57), como cuando Arsuaga (1999) parte «en busca de los primeros pensadores». La realidad antropológica no se agota en un único eje—radial, circular, angular—del espacio antropológico (Bueno: 1978b). El hombre es un animal poli-institucional, y a través de las instituciones es racional y social de una manera diferente a los monos o las abejas: los precursores homínidos, que ya desarrollaban conductas raciomorfas, alcanzaron la racionalidad específicamente humana en función de las instituciones que fueron creando, y no, por ejemplo, en función del desarrollo del cerebro, de sus manos de primates o de la bipedestación (Bueno: 2005, 24). Como si dijéramos: el hombre no descubre el fuego, sino que es el fuego, entre otras instituciones, la que constituye procesualmente al hombre. El proceso de hominización y la toma de conciencia no lo son con respecto a un plan anterior o una conciencia previa inexistentes sino que se forman a través del propio proceso de ordenación de las series óseas (que sepamos, ningún *homo antecessor* ordenó sistemáticamente los huesos de sus antepasados) (Bueno: 2005, 6). Desde la teoría de la ciencia hay que remarcar que el teorema de Darwin fue un descubrimiento constitutivo, que posibilita reconstruir el pasado incorporándolo a nuestro presente, pero que en ningún caso lo describe pues como tal no existe. A los efectos de esta discusión, resulta relevante diferenciar las Ideas de Individuo y Persona. El individuo humano puede ser definido con cierta precisión por la Biología como miembro de una especie zoológica, mientras que la persona humana exige considerar al hombre integrado en una sociedad y una cultura particulares.

En resumen, pese a su aparente luminosidad, las Ciencias Humanas, esas ciencias en que el hombre se ocupa (supuestamente) de conocerse a sí mismo (incluyendo la paleoantropología), encubren ideologías oscuras y confusas. El Reino del Hombre se dibuja como opuesto a un hipotético Reino de la Naturaleza emanado de las Ciencias Naturales, dividiendo el Universo en dos mitades. Pero no hay tal división, porque estos reinos se asemejan más bien a mares sin orilla. Al igual que no existe el Reino de la Cultura, porque no existe la Cultura sino las culturas (no hay unicidad: toda cultura es siempre cultura particular), no existe el Hombre, con mayúscula y en singular, ni tampoco la Humanidad, entendida como una entidad que envolviera a todo el Género Humano y que abriera paso a la doctrina del humanismo y los derechos humanos. Lo que realmente existen son los hombres particulares, que siempre se dan enclavados dentro de un Imperio, un Estado, una Nación, una cultura y una lengua particulares. Y si estos hombres son tenidos por tales es, precisamente, porque aparecen engranados dentro de estas instituciones. Como si dijéramos: somos hombres, porque antes somos ingleses, alemanes, franceses o españoles. Y no al revés. Un hombre despojado de su lengua, cultura y país no es un hombre sino, a lo sumo, un cromañón.

Por consiguiente, la reflexividad de las Ciencias Humanas resulta ser una impostura: estas ciencias no

representan el ejercicio del hombre conociéndose a sí mismo. En el caso de la antropología, es el hombre particular inserto en cierta plataforma continental pretendiendo conocer a hombres particulares ajenos a ella e intentando envolver con su sistema de coordenadas al de los otros, mostrando así su mayor potencia. Por su parte, en el caso de la paleontología, es el hombre occidental buscando reconstruir la evolución de su especie o de su género, partiendo de su estado actual.

El Hombre no es, por tanto, un concepto científico, puesto que no es objeto categorial de una ciencia única. La antropología no se ocupa del hombre en general sino del hombre bárbaro, precivilizado. Otro tanto diríamos de la paleoantropología, que tampoco se ocupa del hombre en general sino del hombre prehistórico o más bien de ciertas reliquias conservadas en forma de fósiles. Si el antropólogo o el paleoantropólogo se extravía y comienza a hablar del hombre civilizado, del hombre actual (sobre todo dado el retroceso de las culturas bárbaras con el fin del colonialismo o la escasez de yacimientos prehistóricos), será porque se ha transformado en historiador, economista, sociólogo o psicólogo ocasional (Bueno: 1978a, 16). El Hombre es, en suma, una Idea que requiere de un tratamiento filosófico, comprendiendo la filosofía como un saber crítico de segundo grado que se construye tomando en cuenta la multitud de saberes de primer grado (científicos, técnicos y mundanos) de nuestro presente, aunque sea para demolerlos.

Fecha de recepción: 11-11-2014

Fecha de aceptación: 30-11-2014

### Referencias bibliográficas:

- Alvargonzález, D. (1996): «El darwinismo visto desde el materialismo filosófico», *El Basilisco*, 20, 3-46.
- Arsuaga, J. L. (1999): *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores*, Plaza & Janés Editores, Barcelona.
- (2001): *El enigma de la esfinge*, Plaza & Janés Editores, Barcelona.
- Arsuaga, J. L. y Martínez, I. (1998): *La especie elegida*, Temas de Hoy, Madrid.
- (2002): *Amalur. Del átomo a la mente*, Temas de Hoy, Madrid.
- Bueno, Gustavo (1978a): «En torno al concepto de “ciencias humanas”. La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias», *El Basilisco*, 2, 12-46.
- (1978b): «Sobre el concepto de espacio antropológico», *El Basilisco*, 5, 57-69.
- (1992): *Teoría del cierre categorial*, Pentalfa, Oviedo.
- (1998): «Los límites de la Evolución en el ámbito de la *Scala Naturae*», en *Evolucionismo y Racionalismo* (Eustoquio Molina, Alberto Carreras, Jesús Puertas, eds.), Institución Fernando el Católico & Universidad de

Zaragoza, Zaragoza, 49-87.

- (2005): «Ensayo de una teoría antropológica de las instituciones», *El Basilisco*, 37, 3-53.
- Carbonell, E. (2011): *El catalanismo evolutiu*, Ara Llibres, Barcelona.
- Carbonell, E. y Sala, R. (2002): *Aún no somos humanos: propuestas de humanización para el Tercer Milenio*, traducido del catalán, Península, Barcelona.
- Carbonell, E., de Castro, J. M. B., et al. (2008): «The first hominin of Europe», *Nature*, 452(7186), 465–469.
- De Castro, J. M. B., Arsuaga, J. L., et al. (1997): «A hominid from the Lower Pleistocene of Atapuerca, Spain: Possible ancestor to neandertals and modern humans», *Science*, 276 (5317), 1392–1395.
- Fernández-Jalvo, Y., et al. (1999): «Human cannibalism in the Early Pleistocene of Europa (Gran Dolina, Sierra de Atapuerca, Burgos, Spain)», *Journal of Human Evolution*, 37(3-4), 591-622.
- Goodrum, M. R. (2009): «The history of human origins research and its place in the history of science: research problems and historiography», *History of Science*, XLVII, 337-357.
- Hochadel, O. (2013a): *El mito de Atapuerca*, Ediciones UAB, Barcelona.
- (2013b): «Palaeoanthropology in the periphery. An introduction», presentación del dossier *Searching for stones and bones. Catalan Palaeontologists and human origins research in Spain*, *Dynamis*, 33(2), 281-295.
- (2013c): «The multiple Eudald Carbonel: The various roles of Catalonia’s most popular archaeologist», *Dynamis*, 33(2), 389-416.
- Insuza, P. (2005): «Biología e individuo corpóreo: el problema del “sexto predicable”. 1. Sentido darwinista de la evolución», *El Catoblepas*, 41, 11.
- (2006): «Biología e individuo corpóreo: el problema del “sexto predicable”. 2. Formulación del teorema darwinista en *El Origen de las Especies*», *El Catoblepas*, 51, 11.
- Lozano, S., Rodríguez, X.-P. & Arenas, A. (2013): «Atapuerca: evolution of scientific collaboration in an emergent large-scale research infrastructure», *Scientometrics*, 97, Octubre de 2013.
- Madrid Casado, C.M. (2012a): *La ciencia y el relativismo. Filosofía versus Sociología de la ciencia*, cuatro clases impartidas en el marco de la Escuela de Filosofía de Oviedo, Enero-Febrero de 2012 [<http://www.fgbueno.es/act/efo017.htm>].
- (2012b): *Laplace. La mecánica celeste*, RBA, Barcelona.
- (2013): «Spain and the Scientific Revolution: state of the art of a century-old controversy / España y la Revolución Científica: estado de la cuestión de una polémica secular», *Circumscribere. International Journal for the History of Science*, 13, 1-28.
- Ongay, I. (2009): «Psicología de la selección: una reconstrucción operatoria del concepto de “selección natural”», *Revista de Historia de la Psicología*, 30/2-3, 277-284.